

Sé su nombre

Cuando nació era la hija del Mario, el de Martinica. Cuando se casó pasó a ser la mujer de Eugenio y cuando tuvo a su primer y único hijo, era la madre de Enrique. Sólo hoy, tristemente sólo hoy, la conozco por su nombre. Trabajó desde joven al jornal y como muchas otras muchachas del pueblo, iba a la siega y a limpiar la casa de los señoritos. Se quedó viuda con 29 años y un crío epiléptico a su cuidado. Consiguió con mucho sacrificio y a base de pasar penurias tener una casa y comprarse unas gallinas y un cerdo. Enrique no sobrevivió a los 15 años, la vida le volvía a abofetear injustamente. El látigo seguía golpeando su espalda. Seguía siendo la mujer sin nombre, la viuda del zapatero, pero con un rostro lleno de surcos y unas manos rezumantes de vida. Me acordé de los del 25 de marzo, aquellos que como ella, con azada en mano y hambrientos, no se resignaron con lo que la vida les proponía, decidieron escoger salir del infortunio. Trabajadora incansable, ponía una y otra vez la mejilla. Había hecho de su cosa un hogar para niños del hospicio. Generosa a la par que amable, sólo temía a los truenos. Cuántas veces había escuchado la historia que fue ella la que compró la figura de Santa Bárbara. Esbozo una mueca, remuevo la menta poleo y intento calmarme. Estoy temblando, no logro sostener firmemente el periódico, al fin sé su nombre. La heroica Maribel salía en las esquelas. Ella, que había buscado dentro del infortunio de su vida crear un jardín de oportunidades, se despedía por su nombre.

Fdo. : Palo y astilla